



Claves de interpretación

La coyuntura que viene

Joaquín Arriola

El triunfo electoral de la derecha española se ha visto reforzado por una alianza con las derechas nacionalistas que augura un cambio de coyuntura política de dimensiones históricas: por primera vez pactan la formación de un gobierno todos los partidos de derecha de España, con un programa que, en lo económico, supondrá una nueva vuelta de tuerca neoliberal, esta vez sin los complejos de culpa que en ocasiones atacaban a los gobiernos de Felipe González.

En este artículo pretendemos situar los principales intereses en disputa en la actual situación, y las posibilidades de lograr sus objetivos que tengan unos y otros, desde una interpretación sindical del momento social y político.

El capital financiero se convierte en la nueva coyuntura en actor dominante y hegemónico. Recordemos que las relaciones del PSOE en el gobierno con la banca incluyeron una estrategia multiforme: de acoso y derribo a los sectores más reaccionarios

del sector (Rumasa, orioles y demás progolpistas) de pacto con participación en el poder bancario (BBV), de neutralización política (Santander, Popular...). Al mismo tiempo, el acuerdo de fondo se logró cuando el Estado garantiza a la banca unos ingresos seguros por medio de la deuda pública, en un momento en que debido a la crisis económica, el negocio de la intermediación financiera está de capa caída.

Por otro lado, con el proceso de reconversión industrial, el estado asume el coste de sanear

una buena parte del tejido industrial, en cuyo capital participa en muchos casos los propios bancos españoles, que se ven liberados así de una carga que no querían seguir soportando, y de la cual se estaban descargando mediante un proceso de desinversión financiera en el sector industrial (liquidación de la banca industrial, por ejemplo).

Los banqueros

Los bancos españoles se encuentran actualmente en una situación de abundante liquidez, y abocados a un proceso de reforma de estructuras ante la inminente aprobación de la moneda única, que exige mejorar los niveles de rendimiento, acortando márgenes de intermediación (diferencia entre tasas de interés activas y pasivas) y buscando nuevas fuentes de ganancias seguras y con bajo coste. Por eso los bancos han puesto el ojo y la mano en las empresas públicas españolas, especialmente en los sectores de energía, comunicaciones y telecomunicaciones: mediante el acceso al capital, los bancos se garantizan unos ingresos garantizados por el Estado mediante el establecimiento de tarifas y precios (electricidad, gasolina, teléfonos)... Una forma de rentabilizar el exceso de liquidez sin arriesgar demasiado, algo a lo que tienen especial pavor los bancos en general y los españoles en particular.

Sin duda, la cesión al capital financiero de las acciones en manos del Estado en las empresas señaladas, será el pago del PP a los servicios prestados por la banca para ganar las elecciones.

Las empresas multinacionales no han hecho un esfuerzo especial para que ganara el PP las elecciones, en particular porque

ha sido el PSOE el que ha puesto en sus manos una parte sustancial de los activos productivos españoles. Con la filosofía reaccionaria de que no importaba el color de los gatos siempre que cazaran ratones, el PSOE, huérfano de sector social al cual reivindicar con su orientación neoliberal —los obreros no le servían, y los ineficientes empresarios españoles tampoco—, orientó toda su política a internacionalizar aun más la economía española, que ya de por sí era bastante abierta antes de los 80: la agroindustria, las papeleras, los vehículos a motor, la industria farmacéutica, componentes electrónicos... sectores enteros pasaron a manos del capital foráneo, con todas las bendiciones del Estado.

El único reclamo de las multinacionales, mantener cierta continuidad en el proceso de interlocución institucional, parece pactado con el PP, como se refleja en la continuidad de Eduardo Serra en el Ministerio de Defensa: con Serra, es todo un equipo de tecnócratas «internacionalistas» el que se mantiene en un sector clave del gobierno desde el punto de vista de los intereses industriales.

Las empresas españolas se caracterizan por la elevada ineficiencia en materia de gestión empresarial. Precisamente uno de los hechos diferenciales españoles, que explican el pésimo comportamiento de la economía en materia de creación de empleo,

innovación, desarrollo de tejido industrial y diversificación productiva, inflación, etc., es el comportamiento fuertemente rentista y poco dinámico del empresariado, acostumbrado a la tutela del Estado para resolver sus problemas.

Objetivo empresarial

En una coyuntura en que se anuncia una mayor apertura de la economía a la competencia externa (Maastricht), los empresarios españoles sólo persiguen un objetivo: aumentar la explotación de los trabajadores para apropiarse cuanto puedan del valor añadido por sus empresas. Su reivindicación principal, el abaratamiento del despido, no tiene nada que ver con la creación de empleo y sí con obtener un mejor control sobre sus trabajadores, a la vez que facilitar los negocios especulativos y trasladar el riesgo de las nuevas y viejas actividades empresariales enteramente sobre las espaldas de los trabajadores —e indirectamente, del Estado.

El objetivo del PP ha sido ganar las elecciones, sin que hubiera detrás otro proyecto que el control de las instituciones del Estado por parte del equipo de tecnócratas de la política que se ha ido forjando durante los años de la reconversión del partido. Aunque predomina una visión fuertemente neo-

liberal e ideológica del sector público, la necesidad de pactar entre las distintas tendencias garantiza un rumbo errático en los próximos años en algunas cuestiones clave.

Así, no sabemos si el PP en el gobierno se decantará por un rápido paso a la moneda única, como querría el sector industrial, especialmente el internacionalizado, o apostará por ralentizar el proceso, como reclaman los banqueros, temerosos de no ser capaces de competir en un mercado europeo como muy bien reflejan los artículos del intelectual orgánico del capital financiero hispano, Miguel Boyer. Tampoco sabemos si se aplicarán los objetivos de las tendencias más neoliberales, defensoras de propuestas tatcherianas en materia de sector público, o tendrán más peso las posturas nacionalistas de los «ex-azules» del partido. Esta necesidad de pactos internos, será probablemente más problemática que la consecución de los objetivos de los pactos externos, por ejemplo con los partidos de la derecha nacionalistas vasca y catalana.

Los trabajadores españoles se dividen en tres segmentos: con empleo fijo (50%) con empleo temporal (25%) con paro de larga duración (25%). Cada uno de estos grupos vive realidades distintas y tiene expectativas diversas.

Los trabajadores centrales, se encuentran muy debilitados en su capacidad reivindicativa por la enorme presión que supone la posibilidad de perder el puesto de trabajo fijo sin posibilidades de en-



Cuevas y Aznar sonríen.

contrar uno alternativo. Esto hace que solamente los trabajadores del sector público y los de las grandes empresas mantengan cierta capacidad reivindicativa y de conquista. En general, sus aspiraciones se limitan a mantener la capacidad adquisitiva de sus salarios y a mejorar las condiciones de trabajo.

Los trabajadores periféricos (temporales) viven en un mundo de incertidumbre. Sus posibilidades de endeudarse son limitadas, por tanto tienen dificultades para estabilizar o mejorar sus condiciones de vida (casarse, tener hijos, mejorar el equipamiento de la vivienda, comprar un piso, arreglarse la dentadura...) y se encuentran en una re-

lación de inferioridad clara de fuerzas frente a los empresarios que les contratan. Tan sólo la presión de los trabajadores centrales puede mejorar su condición, pero casi siempre ellos son ajenos a las luchas obreras de empresa —no así en las grandes luchas públicas, donde participan en porcentajes similares a los trabajadores fijos.

Los trabajadores marginales (desempleados de larga duración) sufren las consecuencias de un sistema donde sólo se vale por lo que se tiene. Excluidos del sistema financiero, dejan de ser sujetos de crédito monetario y de crédito social. Abocados a situaciones de dependencia vital que generan apatía y desmoviliza-

La oposición

Los resultados de las elecciones fueron leídos por los socialistas como que perdieron el gobierno, pero ganaron la oposición. Esta derrota victoriosa será la principal vacuna contra cualquier movimiento que se plantee la renovación interna, especialmente cuando se trate de cuestionar el felipismo como método de dirección y de organización del partido.

Felipe González se encuentra dividido entre la estrategia de partido (recuperar el poder lo antes posible) y la visión de Estado (lograr la estabilidad político-social necesaria para incorporar España a la unión monetaria europea). Uno de los factores que decidirá los ritmos y prioridades será sin duda la evolución judicial del tema de los GAL. Cuanto más arriba apunte la implicación, más primará el sosiego de la política de Estado. Y si se resuelve el tema sin perjuicio para la cúpula dirigente del PSOE, se ahondará en mayor medida y rapidez en la estrategia de recuperación del poder.

En todo caso, el proyecto económico que desde el PSOE se pueda proponer, no se saldrá de los cauces habituales en que está planteado el debate, entre neoliberales tecnócratas versus neoliberales populistas.

Los mismos resultados electorales colocan a IU en una posición subordinada, que no le permite en la coyuntura inmediata jugar ningún papel relevante. Los debates internos primarán en esta organización, ante su escasa influencia directa en la escena política. Organizar adecuadamente ese debate y abrirlo a la sociedad puede ser su principal logro en los próximos meses, o en caso contrario, su principal fracaso.



Erráticas las primeras declaraciones de los nuevos gobernantes.

ción: incapacitados para «ganarse la vida» tienen que mendigarla: a los padres, a los hijos, a la beneficencia pública (Bienestar social de los Ayuntamientos, PER) y privada (Cáritas). Al mismo tiempo, son sometidos a un hostigamiento permanente por parte de los creadores de opinión pública (políticos, medios de comunicación): se les culpabiliza de su situación, lo cual genera resentimiento y frustración social, que se traduce en un incremento de la delincuencia. Han sido condicionados para pensar que no hay salidas colectivas a su situación, lo cual les lleva a desentenderse de las luchas obreras. «Un curro» es lo que piden, vale decir, un salario, la posibilidad de acceder al crédito, la posibilidad de pasar del vivir día a día a poder planificar un futuro.

Los sindicatos organizan a los trabajadores centrales pero quieren representar a los tres segmentos: ello se traduce en una debilidad estructural que se refleja en la evolución de las luchas obreras, reivindicaciones y logros de los últimos años. Las huelgas generadas posteriores al 14-D se saldan

en un rotundo fracaso: los sindicatos no logran la interlocución política necesaria para modificar la orientación neoliberal de la política económica.

Esta situación revela varias cosas: por un lado, la concentración del poder político en una clase política formada exclusivamente por los cargos electos y sus asesores, que excluye no sólo a los agentes sociales convertidos en meros grupos de presión con desigual fortuna, sino también a los propios partidos políticos.

Los sindicatos en particular se vuelven muy vulnerables en esta situación. De hecho, los conflictos internos de UGT y de CC OO responden a la misma lógica y situación: por un lado, están determinados por la visión instrumental que de las organizaciones sociales tienen los dirigentes políticos (Felipe González ante la UGT, mantiene un pulso interno artificial, que sólo aspira a controlar las decisiones estratégicas de la organización, en particular subordinar el desarrollo de la unidad de los sindicatos a su estrategia particular de recuperación de poder y de control de los ritmos de la movilización social; el PCE ante CC OO mantiene un criterio leninista similar al de Felipe González: la organización sindical es incapaz de articular socialmente un discurso político, por tanto debe subordinarse a los ritmos políticos impuestos desde el partido); por otra parte, se gestan en un contexto de crisis de proyecto estratégico sindical, donde la unidad de acción no es

capaz de transformarse en unidad organizativa, el fracaso de las huelgas generales es sustituido por un pragmatismo y coyunturalismo que sólo aspira a capear el temporal y a esperar del cielo tiempos mejores.

La ofensiva privatizadora y el ajuste fiscal duro de la derecha en el gobierno será enfrentado con movilizaciones en el próximo otoño, cuyo resultado es previsible: en ausencia de un proyecto estratégico, de un discurso político creíble y movilizador, y de una articulación entre parti-



Las movilizaciones para el otoño están servidas.

dos, sindicatos y organizaciones sociales que respete la autonomía de cada cual, el fracaso está servido.

El otoño caliente puede acabar con un pacto con el PP que aumente la estabilidad de los puestos de trabajo (mejoras para los trabajadores periféricos) y garantice el status quo de los trabajadores centrales, a cambio de que se aplique lo esencial del programa privatizador, en especial en los aspectos reclamados por la

banca española. Los paganos de esa solución serán los trabajadores marginales y en cierta medida los empresarios españoles, a los cuales se les dificultará la estrategia de adaptación pasiva y socialización de costes.

El ajuste a la baja de los salarios reales de los funcionarios servirá para mantener lo esencial de las prestaciones de la Seguridad Social, en particular mantener el poder adquisitivo de las pensiones: el PP penetrará así en un colectivo que es clientela electoral del PSOE, y por su parte los sindicatos reivindicarán su imagen de defensores de colectivos de trabajadores no afiliados.

Movilización

Pero las movilizaciones también pueden naufragar si Felipe González decide adelantar al otoño/invierno de este año el acoso y derribo al actual gobierno: en tal caso, la movilización de los trabajadores sólo serviría para alimentar la demagogia desde la oposición, tanto por parte del PSOE como, de rebote, de IU.

En esta tesitura, el siguiente paso, el único posible, será avanzar en la unidad orgánica y desde la fuerza y autonomía que desde ella se puede lograr, confrontar a los partidos de izquierda a una reformulación de sus relaciones, sus proyectos estratégicos, su visión de las relaciones partido-sindicato-movimientos sociales, y de la participación política. En definitiva, convertirse en agentes de un nuevo proyecto de izquierdas para España, hoy por hoy inexistente. ■